

V. Blasco Ibáñez
Helen Wills triunfará finalmente
(*San Francisco Examiner*, *Buffalo Courier*, *St. Petersburg Times*, *The Miami Herald*, *The Salt Lake Tribune*, 17-2-1926)

Ningún gran acontecimiento de este año ha interesado tanto a los visitantes de la Costa Azul como el partido de tenis Lenglen-Wills. Las pistas del Carlton, donde se disputó el partido, no eran más que el patio de un gran hotel y en la actualidad cuentan con 3500 asientos numerados.

Quizás se reunieron entre 4000 y 4500, pero en un anfiteatro más grande el partido habría atraído entre 20 000 y 30 000 espectadores.

El partido estaba anunciado para las 11 de la mañana. Me levanté temprano para hacer el viaje de Menton a Cannes, llegando a las 9,30. Los alrededores del Club Carlton estaban muy concurridos, y la policía se dedicaba a contener a la enorme multitud reunida ante las puertas que fueron literalmente asaltadas por un gentío cosmopolita entre los que había muchos americanos, tanto del norte como del sur del continente, mientras que los hombres de color chocolate del Indostán y las damas parsis con togas orientales en azul, rosa y rojo y manos doradas integraban otro grupo de espectadores.

Muchas personas estaban decepcionadas por la imposibilidad de obtener entrada. Al final entré en las pistas y ocupé mi lugar en los asientos de color verde. Todos los visitantes y huéspedes del Carlton se agolparon en sus balcones y ventanas, y los propietarios de las villas que daban a las canchas llegaron incluso a agujerear sus tejados para que sus amigos y otros invitados pudieran ver el partido.

Mirando a través de los agujeros hechos al quitar las baldosas, se veían las cabezas de las chicas que subían y bajaban con entusiasmo como si fueran marionetas. Otros grupos de personas trepaban por las paredes y los inquilinos tenían que llamar a la policía para proteger de los daños sus propiedades. Los gendarmes subieron incluso a los tejados de algunas casas para expulsar a los intrusos, mientras los aficionados al tenis que se encontraban en las calles emitían una protesta ensordecedora.

Muchos hombres se arremolinaron en los grandes eucaliptos, aferrándose a ellos como pájaros posados en las ramas; y también aquí se podía ver a los gendarmes mientras la enorme concentración los saludaba con vítores y protestas. En medio del follaje de los eucaliptos se produjo este inesperado juego entre el público y la policía.

A las 11 horas, las dos heroínas aparecieron en las pistas. Reporteros y fotógrafos se lanzaron sobre ellas. A ambas las reconocí por las fotografías.

La señorita Lenglen, aparte de su belleza, siempre me recuerda a un joven torero español por su perfil muy marcado y su andar elástico.

A la señorita Wills la veo por primera vez: es mucho más guapa que su oponente. La señorita Lenglen es una mujer con carácter y emprendedora, a la que le gusta la fama y se muestra dominadora. La señorita Wills me dio la impresión de ser una chica muy tranquila, que no se deja alterar y que siempre conserva su tranquilidad.

La señorita Lenglen se quitó su capa rosa, dejando ver un jersey del mismo color, con una cinta de tul que le aseguraba el pelo. Por su parte, la señorita Wills se quitó su capa roja, bajo la cual llevaba un traje de época. Sobre los ojos, una visera, también de color blanco. Hay algo femenino y retraído en la figura y los movimientos de esta atleta.

Al ver a estas dos celebridades del tenis, pensé en el poeta Homero. La primera mención que conocemos de cualquier forma de tenis aparece en la *Odisea*. Ulises, dormido tras su naufragio, es despertado por los gritos de unas compañeras de la princesa Nausica que juegan al tenis junto al río. Obsérvese que fueron las mujeres y no los hombres quienes jugaron por primera vez al tenis en un pasado remoto.

El partido comenzó en medio de un profundo silencio, roto frecuentemente por los gritos del gentío que invadía todos los espacios abiertos próximos a las canchas. Los espectadores lamentaban las interrupciones, pero no podían hacer nada para evitar el clamor exterior.

Confieso que soy un juez incompetente en materia de juegos, pero ya que sé algo de psicología y, como novelista, soy un observador entrenado, me di cuenta muy rápidamente de que estaba presenciando una contienda muy disputada.

La señorita Lenglen estaba muy nerviosa e inquieta. La señorita Wills era fría y fuerte. Con frecuencia pensé que la señorita Lenglen sería muy diferente si ella ocupara el lugar de Wills como aspirante.

Debo resaltar que el favor de los espectadores hacia las tenistas era muy desigual. Las cuatro quintas partes del público estaban con la señorita Lenglen y la apoyaron con un aplauso salvaje. En general, pese a la parcialidad mostrada con la joven francesa, ya evidenciada claramente antes del partido, se comportaron bien.

Que el público francés estuviera a favor de la señorita Lenglen, no fue sorprendente, ya que Suzanne no solo es de aquel país, sino también de Niza. Asimismo, los británicos la consideraron su campeona y la animaron

más frenéticamente incluso que los espectadores franceses, sobre todo porque su rival era una estadounidense.

Un eminente inglés me dijo hace poco en Montecarlo que la señorita Wills no podía compararse ni de lejos con la señorita Lenglen, y que en Inglaterra hay docenas de jugadoras tan buenas como la californiana.

Pregunté por qué esas docenas de chicas inglesas no venían a la Riviera y desafiaban a la señorita Lenglen. No obtuve respuesta. Pero descubrí que la mayoría de los ingleses de la Riviera pensaban lo mismo. Hablaban de la señorita Wills como si no pudiera presentar batalla a su oponente.

Al final del partido, un inglés entusiasmado con la señorita Lenglen me dijo que había perdido una enorme suma porque había apostado que la señorita Wills no sería capaz de presentar una gran batalla.

No creo que sea necesario hacer una descripción detallada del partido, ya que otros lo habrán hecho. Durante noventa minutos observé a las dos campeonas voleando la pelota a la red con una regularidad maravillosa: dos máquinas inteligentes.

La señorita Lenglen se movía como si estuviera en su propia casa, apoyada por la simpatía de una gran parte del público, lo que es un gran aliciente para una chica de su temperamento.

Personalmente, creo que el día que la señorita Lenglen actúe ante espectadores más fríos e imparciales, perderá la mayor parte de sus admirables cualidades.

En Helen Wills se encuentra una calma y una fuerza inquebrantables. En las últimas semanas he leído en la prensa que se pronosticaba a bombo y platillo una victoria de su rival. Sin embargo, yo diría que este partido las sitúa en un plano de igualdad. Los partidarios más acérrimos de la señorita Langlen reconocieron que la diferencia entre ambas jugadoras no era tan grande como se había imaginado antes del enfrentamiento.